

# EL FIN DE LAS GUERRERAS VERDES

Cuando a tu regreso de China te preguntan qué es lo que más ha cambiado ese país durante los doce últimos meses, sientes la tentación de contestar que el color. En julio de 1971, China era un país vestido de verde; un país en el que, desde los comités revolucionarios hasta las Universidades, desde los trenes hasta las comunas populares, todo parecía inundado por los uniformes color de arrozal del Ejército Popular de Liberación. A las preguntas de quién ha hecho esto, quién manda aquí, quién instruye allá, la respuesta es siempre la misma: «El Ejército Popular de Liberación».

En julio de 1972 parece que se ha levantado, al menos en parte, esa verde funda que antes lo cubría todo. La desmilitarización de China no es todavía un hecho consumado, pero es algo a lo que ya se ha dado inicio. ¿Cabe decir que el pueblo se ha alegrado de este proceso? Ello equivaldría a subestimar el sentido cívico, la abnegación, la gran habilidad de aquellos rústicos campesinos-soldados que, fachosamente vestidos con sus verdes guerreras, recorrían el país en extraños *sidecars* y se dedicaban a levantar diques, a hacer florecer campos de guijarros y a regar enormes llanuras amenazadas por la sequía. La progresiva desaparición de estos cistercienses de la revolución china, al mismo tiempo que alivia, deja tristes a quienes en el pasado les vieron en incansable acción. Pero, ¿cómo no considerar este proceso irreversible después de una «peripecia» tan significativa como es la trágica eliminación del mariscal Lin Piao, inflexible prior de esa orden militar!

## Un cadáver político

Todo parece oscuro en este «affaire», salvo tal vez lo esencial del mismo: a saber, la modificación de la relación de fuerzas provocada por la infamante evicción del antiguo vicepresidente. Lo que importa ante todo es saber si el equilibrio entre el partido y el Ejército, entre los pragmáticos y los izquierdistas, entre quienes dan prioridad a la ideología y quienes se preocupan especialmente de la competencia de los cuadros ha sido modificado a consecuencia de la eliminación de

Lin Piao, y si la apertura de China al mundo está confirmada o no.

Parece, en efecto, que con la caída del mariscal acaba toda una época: la de la revolución desencadenada el 4 de mayo de 1966 por el artículo en torno a «la necesidad de la lucha de clases», publicado precisamente por el diario del Ejército dos semanas antes del llamamiento de Mao incitando al «bombardeo del cuartel general».

En cuanto al «complot», uno tiene perfecto derecho a formularse ciertas preguntas. En efecto, las relaciones entre Mao y Lin Piao eran de un carácter tal que sólo muy pocos sinólogos admiten sin más la idea de ese golpe de fuerza de Shanghai montado contra el «Gran Maestro» (del cual sacaba Lin Piao toda su fuerza, su sustancia y su razón de ser) con la ayuda únicamente del cadáver político que era Chen Po-ta y de unos pocos familiares sin medios ni prestigio.

En cuanto a la acusación de que hacen objeto al vencido la mayor parte de los observadores: la de haber olvidado que «el fusil obedece al partido», uno puede lógicamente preguntarse si está en realidad justificada. Que el hombre cuyos famosos «cinco principios» de diciembre de 1965 (uno de los pródomos de la «revolución cultural») se inspiraban esencialmente en la primacía de lo político, que el autor de esa antología que se llama el «Pequeño Libro Rojo» y que comenzaba precisamente con un llamamiento a sus destinatarios (los militares) relativo a la necesaria preeminencia del partido, que ese hombre haya podido transformarse en un Bonaparte es algo difícil de creer. No hay nada en la carrera de Lin Piao que no dé testimonio de la sumisión del militar al poder político, para el cual trabajó en realidad durante años creando células en el seno de las fuerzas armadas. ¿No exigió Lin Piao de sus subordinados en 1968 que pusiesen en práctica todas las directrices del Presidente Mao, «incluso las que no resulten comprensibles»? Lin Piao era quien manejaba el fusil en nombre del partido, no sin tropezar con ciertas resistencias y sufrir contraataques. ¿Es posible que perdiere la cabeza a fuerza de manejar el fusil? Uno no puede evitar el mostrarse escéptico al respecto.

## Las virtuosas legiones

El «affaire» se remonta a 1959, a las sesiones de la conferencia ampliada del partido celebradas en Lu-Chan y en las que Mao fue prácticamente acusado por el mariscal Peng Teh-huai, adversario del «gran salto al frente». El fiscal perdió con tal motivo su puesto de ministro de la Defensa, pero Mao se vio obligado a compartir sus poderes con Liu Chao-chi, no sin haber antes asegurado al fiel Lin Piao la sucesión del mariscal Peng. Tres años después, Mao fue objeto de críticas todavía más duras, y sólo le salvó el apoyo que le prestaron sus dos compañeros: Chu En-lai y Lin Piao. A partir de ese momento, China vivió en dos planos distintos, a merced de dos ideologías casi antagónicas: por un lado, la de los «civiles» del partido y Liu Chao-chi, que trataban de convertir a China en una democracia popular como las demás a base de pragmatismo, burocracia y aproximación progresiva a la totalidad del bloque socialista; por otro lado, la de Lin Piao y el Ejército, que querían hacer de China una auténtica república militar pura y dura, que predicaban la austeridad, el fervor, una autarquía heroica, que deseaban ver al país convertido en una especie de austero convento en medio de un universo que marcha hacia la productividad para así volver al espíritu de Yen-an, la república maquista en la agónica China del Kuomintang. Las «compañías de vanguardia» que se forman en el seno de esta última China serán, a partir de 1966, los «destacamentos de apoyo de la izquierda», punta de lanza de la «revolución cultural».

En estas virtuosas legiones se apoya efectivamente Mao a partir de mayo de 1966, después de que el brazo derecho de Lin Piao, Yang Chang-wu dispusiese sus tropas más fieles en torno a Pekín para reducir a Liu Chao-chi y a Teng Chiao-ping.

Durante quince meses, Lin Piao y su «Pequeño Libro Rojo» se confunden con la «revolución cultural». Pero entonces se producen dos acontecimientos que comienzan a minar la posición clave que se había asegurado el ministro de Defensa. En julio de 1967 las fuerzas armadas locales y los

guardias rojos se enfrentan en Wu-han, junto al río Yang-tse. Dos embajadores del grupo dirigente de la «revolución cultural» enviados desde Pekín son hechos prisioneros, y el jefe militar local, Tchen Tsai-tao, es llamado a la capital después de que Chu En-lai arbitrase en la disputa. Este enfrentamiento entre el movimiento y el Ejército marca la ruptura entre las dos fuerzas en las que se apoyaba el mariscal, el cual comienza a ballar en la cuerda floja.

Menos de un año después, el más próximo colaborador de Lin Piao, Yang Chang-wu, es destituido de su puesto de jefe del Estado Mayor General y reemplazado por uno de los grandes jefes militares de provincias, Huan Yon-chen, al que los guardias rojos llaman «el carnicero de Cantón». Entonces comienza en realidad el ocaso de Lin Piao a pesar de los honores que seguirán lloviendo sobre su cabeza. En una crisis decisiva ha sido Chu En-lai y no él quien ha arbitrado, y poco tiempo después Lin Piao se ve privado de su lugarteniente preferido, al cual sustituye uno de los «grandes barones» militares de provincias contra los que el mariscal lleva ya años luchando en un intento por hacer que prevalezca el poder central. Doble derrota para Lin Piao.

En abril de 1969 se celebra el onceavo Congreso, caracterizado por el triunfo aparente del mariscal-vicepresidente, que se ve solemnemente confirmado en su papel de número dos y sucesor de Mao y que debería lógicamente enorgullecerse del número de militares presentes en el Buró político (trece de un total de veinticinco miembros) y en Comité Central (ciento diez de un total de doscientos setenta y nueve). Pero, ¿de qué clase de militares se trata? Los observadores más concienzudos de la historia del Ejército chino se mostraron de acuerdo en afirmar que los militares elevados a tan altos rangos políticos representaban mucho menos la «línea Lin Piao» que la de sus viejos rivales Liu Po-cheng y Ho Lung. Este último había sido uno de los objetivos de la «revolución cultural»; pero sus amigos seguían siendo fuertes en el comité central. Y de nuevo los «grandes barones» de provincias tuvieron ocasión de afirmar sus pretensiones.

## El gran giro

La estrella de Lin Piao seguía rutilando a pesar de todo; pero seis meses más tarde, con ocasión de las fiestas del primero de octubre, y por primera vez desde hacía años, su nombre no aparecía citado junto al del Presidente Mao en cabeza del comunicado oficial. Y Hoang Yon-chen, el hombre a quien Chu En-lai había conseguido que se nombrara jefe de Estado Mayor en sustitución del protegido de Lin, Yang Chang-wu, demostraba una autoridad creciente y resucitada en el Ejército el viejo «profesionalismo», contra el cual Lin no había dejado de combatir desde hacía diez años.

Fue entonces cuando se produjo el gran giro, el del otoño de 1970, con ocasión de la doble conferencia ampliada, durante la cual se tomaron una serie de decisiones fundamentales que han conducido a la China actual: reconstitución del partido con elementos que estuvieron algún tiempo marginados, pero que seguían disponibles y más o menos reeducados; vuelta a la supremacía del partido sobre los demás organismos del Estado; apertura hacia occidente para reforzar la posición de China frente a su principal adversario: el «revisionismo soviético». A partir de entonces, aunque la China siga vestida de verde, aunque el espíritu de Yanan haya descendido de nuevo sobre el país, ya no se oye hablar apenas de Lin Piao, ni siquiera el primero de agosto de 1971, cuando se celebra la fiesta del Ejército: se dice que está gravemente enfermo, y es Hoang Yon-chen quien toma la palabra en su lugar.

Cualquiera que haya sido la muerte de Piao, al condenar al infierno lo que éste seguía representando en términos de populismo vehemente, de izquierdismo militante, de repliegue sobre sí misma de una China decidida a «no confiar más que en sus propias fuerzas», el Presidente Mao y Chu En-lai definen claramente una línea contraria.

## ¿Sacrificado a quién?

Fin ejemplar dentro de su horror, fin edificante de esa personalidad ingrata y deslucida, aunque poderosamente simbólica, que deja a sus adversarios una «página en blanco» sobre la cual podrá dibujarse la China de mañana. Así Lin Piao, que sin duda se adhirió más estrechamente que ningún otro (Chu En-lai incluido) a la «línea Mao», a partir del acceso a la dirección efectiva del partido



Uno de los últimos rumores sobre la situación en China es que a Mao le sucedería un gobierno colegiado que sería presidido por Chu En-lai.

## JEAN LACOUTURE

en 1935 del «Gran Maestro», sirve de chivo expiatorio de una profunda conversión estratégica. ¿Ha sido sacrificado Lin Piao a una simple corrección de tiro diplomática? ¿Lo ha sido por haberse opuesto si no al partido y a su supremacía sobre el Ejército, por lo menos a un determinado tipo de refundición del partido a base de burócratas más o menos enmendados por las escuelas del siete de mayo y demasiado «realista» a sus ojos? ¿Ha sido víctima de un compromiso entre el poder central y los grandes jefes militares del Heilong-kiang, del Laoning, del Sin-kiang, del Kuang-tung, del Kiang-su, del Fukién, todos los cuales habían jurado acabar con el furibundo centralista que era Lin? ¿Ha sucumbido a la voluntad de Mao Tse-tung y de Chu En-lai de manifestar con bombo y platillos el retorno a la norma revolucionaria tras el breve paréntesis asumido

por el Ejército a raíz de la destrucción, en 1969, del partido y el Congreso? Todos estos elementos han debido de influir en la caída de Lin; sin embargo, el factor más importante ha sido seguramente la oposición abiertamente declarada del mariscal a la apertura al Oeste de la China.

El resultado más patente de la defenestración de Lin Piao lo constituye la consolidación del poder, del prestigio y de la línea de Chu En-lai. Lin y Chu habían formado equipo durante largo tiempo a la sombra de Mao. Pero desde el momento en que, gracias a su genio diplomático, el primer ministro desvió hacia Lin Piao una operación (la «revolución cultural»), en gran medida dirigida contra él mismo, surgió un conflicto entre la ideología a ras de tierra del partidario de una «China sola» y el pragmático gestor decidido a llevar a cabo una valiente apertura al mundo exterior.

## El reinado del centro

No es solamente el prestigio de Chu En-lai el que hoy resulta consolidado: es también y, sobre todo, la fuerza de su equipo, compuesto casi exclusivamente de víctimas de la «revolución cultural», como los tres vice-primeros ministros, el economista Li Sien-nien, Li Fu-chun y el mariscal Nieh Jong-chen (que es, desde 1935, uno de los partidarios más fervientes del primer ministro). En cuanto al nuevo jefe de las fuerzas armadas, Yeh Chei-ying, se sabe que fue, en 1925, en la escuela de cadetes de Wang-poa, colega de Chu En-lai, el cual era a su vez comisario político de la escuela: ambos tenían como alumno a un joven muy bien dotado que se llamaba Lin Piao. Sorprendente revancha la que se han tomado los antiguos profesores...

No debemos considerar los grandes cambios que se están produciendo actualmente en China únicamente como representativos de la subida al poder de un equipo de veteranos en torno a un jefe eminente. Lo que está ocurriendo en ese país es algo mucho más profundo. Los últimos acontecimientos tienden, en efecto, a hacer que China vuelva a lo que era antes de 1966; cabe confiar en que el grupo de Chu En-lai sabrá sacar provecho de los errores del equipo de Liu Chao-chi y Teng Siao-ying (aislamiento de las masas, esclerosis de los organismos, esterilización ideológica, resignación a adoptar más o menos fielmente el modelo soviético). Pero el poder que ahora se instaura (un poder que debe ser de tipo tradicional puesto que lo componen hombres que pasan todos ellos de setenta años) no parece dispuesto a recurrir a los correctivos preconizados por los animadores de la «revolución cultural».

No todos los responsables de las jornadas y las tentativas revolucionarias de 1966-67 han sido eliminados: Chiang Ching, Yao Wen-yuan, Tchan Tchun-tso continúan en sus puestos. Pero su influencia política parece reducida a la nada. En China ha advenido el reinado del centro, cuyo objetivo no es la austeridad, sino la producción; no la vehemencia ideológica, sino la competencia técnica; no el aislamiento en la pureza, sino el intercambio en beneficio de la abundancia. ¿Conducirá el éxito eventual de semejante estrategia a una nueva «revolución cultural» de aquí a diez años? El principio de contradicción está demasiado enraizado en la revolución china como para que, incluso después de la desaparición del «Gran Maestro», pueda excluirse tal hipótesis. ■